

En la Playa

A UNA AMABLE LECTORA.

¡Vaya que si ha sido bueno el lío en que me metió la cartita de Vd.!

¡Las vuelta que habrá dado en estos días a la dichosa carta y lo que habrá yo pensado en mi desconocida! Porque, créame Vd.; muchas veces me asaltaba la sospecha de si pretendería Vd. tal vez burlarse de mí; sospechu que desde luego rechazaba yo inmediatamente, fiado en absoluto en la sinceridad, por la que tan calurosamente abogaba Vd. en su carta, y en su buena fé, en la que, aun cuando me juzguen quizás un poco cándido, creía yo a piés juntillas.

Como Vd. comprenderá el caso era para pensarlo en serio, so pena de exponerme al riesgo de equivocarme de medio a medio y ganarme, por ende la satírica censura de mis lectores y la animadversión de Vd., cosas ambas a cual más duras y tristes para mí. Así y todo, bien sé yo que por ventura a algunos no ha de satisfacer mi contestación, que por algo se ha dicho que nunca llueve a gusto de todos y sabido es que en materias literarias, y más si tienen estas por objeto algún fenómeno sentimental, suele el público formar muy varios y peregrinos juicios. Mas, si consigo satisfacer el deseo de Vd., ¡qué puede importarme el desagrado de parte de mis lectores? Achaque muy comun es este en la vida periodística y por descontado tenía yo estos fracasos al decidirme a entrar de lleno en tales aventuras.

Y dirán muchos al llegar aquí:— ¡Pero, eso es curarse en salud!—Sea así. ¿Quién en toda su vida no ha tenido, siquiera una vez, la franqueza de confesarse inepto para algunos menesteres?

Con todo ello y apesar de ello, vamos a intentar,—que hora es ya,—penetrar en el fondo de la cuestión. Para no pocos y no pocas también, la consulta que me hacía Vd. en su cartita, habrá tenido sencillísima y fácil solución. Por eso no me extrañaría ver dibujada en sus rostros una sonrisa de comiseración hacia mis apuros, que tampoco me extrañaría hayan sido calificados de apuros de colegial. ¡Cómo ha de ser! Yo siento diferir de ellos, porque siempre he creído que si hay síntomas que delatan infaliblemente una enfermedad, hay otros que lo mismo pueden significar una que otra de distinta naturaleza.

No cabe duda que uno de los más arduos trabajos del pensamiento, según dicen los psicólogos, es el llegar a comprender totalmente a otra persona, meternos en sus adentros y llegar a los móviles, y raíces de sus juicios, pa-

siones y sentimientos. De ahí que nada más lejos de mí que el tener la pretensión de que mi opinión tenga visos de articulo de fé, ni mucho menos.

Concretando:—porque estos preámbulos van resultando harto largos y pesados:—lo primero que deduzco yo de su corta es que tiene Vd. un corazón eminentemente femenino, una sensibilidad verdaderamente exquisita; lo cual ya no es poco decir, amen de un hallazgo afortunado para mí. Porque hallazgo es, y muy raro, encontrar un corazón del temple del suyo en estos tiempos por los que atravesamos: tiempos de la "rising generation", de los contrasentidos y paradojas, de los feminismos exagerados, en los que topamos a cada paso, con verdadero asco por nuestra parte, con muchachos insubstanciales, que, a juzgar por el exterior, diríamos que estan estudiando para damiselas, y en cambio a más de cuatro doncellas que parece han reducido todo su ideal a conseguir pasar plaza de "espíritus fuertes". Por eso llamé afortunado al hallazgo de su corazón, porque al paso que vivimos en este país de los "viceversas", cuando queremos encontrar el tipo de la mujer filipina!—Dios no lo permita!—tal vez no exista ya.

Lo segundo ya no lo deduzco yo: me lo dice Vd. claramente, usando las palabras de un poeta, a quien yo también suelo leer. "Estoy triste, sin saber de que tengo tristeza."

"Siento,—dice Vd. con ingenuidad que le honra,—siento en mi interior una cosa extraña que no acierto a definir: algo así como una especie de melancolía, de tristeza, pero dulce apacible, que no me amarga ni atormenta, y que tampoco sé a que es debida."

¡Es natural! ¡Cómo ha de amurgarle ni atormentarle esa cosa extraña que siente y que Vd. cree ser,—muy lógico desde luego,—tristeza y melancolía, si esa tristeza no es ni más ni menos, que el supremo anhelo de su alma hacia lo más bello y hermoso que puede apetecer?

Decía un poeta de genuina cepa castellana, con sus puntas y ribetes de filósofo, que en el fondo de toda angustia humana no hay sino sed de vida, hambre y sed de las infinitas cosas que se desean y no se alcanzan, tristeza y apetito de Dios. No diría yo tanto, pero si que mucho de eso le sucede a Vd. Pertenece su alma,—y dé por ello infinitas gracias al Señor que se la dió,—a la que pudiéramos llamar aristocracia del espíritu. Y con un alma profunda y rica, de

aguda sensibilidad y audaces pensamientos, ¿no ha de sentir Vd. esa vaga inquietud, que toma Vd. por tristeza y que realmente no está muy lejos de ella, inquietud que le hace experimentar en las cosas que le rodean sensaciones que antes no percibía...? El grave misterio de las cosas que enumeraba en su carta: el vuelo de un pájaro, la caída de una hoja, el llanto de un niño...; el espectáculo del dolor, de las lágrimas y miserias, de esta gran tragedia de la vida, pone lágrimas en sus ojos y un movimiento de misericordia en su compasivo corazón. ¡Claro está! En todas esas cosas existe, no le quepa a Vd. duda, mucha belleza y hermosura y Vd. ama, tampoco le quepa duda, con todo el ardor de su corazón, esa misma belleza y hermosura; y como la hermosura de las cosas humanas es tan solo un resplandor de la belleza divina, de ahí que Vd. que ama la belleza en las cosas mortales busca la luz de donde procede como de eterno manantial y siente ansias de poseer esa luz y al no conseguirla plenamente, sufre y llora, sin acertar con las razones de esa viva pesadumbre, pero sin sentir tampoco las dentelladas del dolor sin esperanza ni consuelo. Tiene Vd. nostalgia, mal de cielo, como le llamó no sé quien, dolencia de almas próceres y vuela por instinto a las alturas donde tiene su asiento lo único que puede saciarla.

Padece Vd. una crisis del corazón,—que yo creo será muy pasajera,—una crisis de amor, pero del amor expresado por los místicos y los poetas, del amor con levadura de lágrimas que ha estremecido a las almas grandes. Esa crisis denuncia en Vd. cierto cambio, cierta mudanza de su espíritu; quizá sin sentirlo está Vd. dando un adiós al pasado, disponiéndose a penetrar por nuevas regiones de la vida. Y ahora más que nunca es cuando necesita cuidar con mimo y cariño la delicadeza y sensibilidad de su alma, sino quiere exponerse al riesgo de que se marchiten al soplo helado del prosaísmo de la vida, destructor implacable de cuanto lleva algo de espiritualismo y poesía.

Yo ignoro lo que le espera en esas nuevas regiones de la vida, por las que quizá ha comenzado ya a cruzar. Lo que si sé es que puede Vd. llegar a gozar en ella de toda la felicidad a la que nos es dado aspirar en este mundo. Para vivir feliz es preciso ante todo sensibilidad: porque la vida no es una ciencia, sino un arte: hay que sentirla en vez de razonarla. "El

hombre grande,—ha dicho un poeta,— es aquel al que todo produce un vuelco de emoción... Cuando lleguemos al final de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y arrancado al alma una chispa de luz".

Y aquí hago punto final. Tal vez en toda esta perorata, contestación a su delicada consulta, no he acertado a vaciar, con toda exactitud y precisión, las ideas que me ha sugerido su carta desde el día en que, no sé si por fortuna o por desgracia, la encontré en el peñón de mi soledad. ¡Es

tan difícil hallar palabras que respondan fielmente a los sentimientos del corazón!

Para muchos no dejará de ser algo vaga y difusa y... hasta un tantico tocada de misticismo. ¡Qué le vamos a hacer! Los hombres sabemos muy poco de nosotros mismos.

Pero, si con todo lo que llevo dicho consigo hacer un poco de luz en su inteligencia, quedaré harto satisfecho. Si ni aun eso hubiera conseguido, sirva de disculpa a su torpeza, la buena voluntad con que ha procurado complacerle

"EL SOLITARIO".



Texto íntegro del documento histórico, de la dimisión de los Secretarios Departamentales

Señor Gobernador:

Hemos estado notando, de un tiempo a esta parte, que es la política y deseo de usted, como Gobernador General, intervenir y dirigir los mas pequeños asuntos de nuestro gobierno, no solamente en el servicio insular sino tambien en el de las localidades, en desdoro absoluto de la autoridad y responsabilidad legal de los jefes de Departamento respectivos. Esta política culminó recientemente en un caso inaudito que conmovió en sus cimientos la opinión pública sana del país, cuando usted, ingiriéndose en la autoridad jurisdiccional del Secretario del Interior y del Alcalde de Manila, repuso en su cargo a un policía secreta de la ciudad que había sido legalmente suspendido, y consiguientemente, por sí mismo, aceptó su dimisión sin oír siquiera, antes bien desoyendo, el consejo y el consentimiento de las autoridades jerárquicas competentes. Esta serie de actos constituye una clara violación de la ley fundamental del país y otras disposiciones legales, especialmente de la Ley 2803 y del art. 2447 del Código Administrativo, y constituye a la vez, un paso atrás, una destrucción, de la autonomía doméstica ya concedida al pueblo filipino y gozada sin interrupción por este desde la implantación de la Ley Jones.

Procediendo de esta manera en sus relaciones con los departamentos ejecutivos y

las oficinas del gobierno central y las localidades, violando así el compromiso de honor del gobierno y pueblo de los Estados Unidos de conceder, cada vez, al pueblo filipino una mayor medida posible de gobierno, interior, pendiente de la concesión de la independencia, permítansenos que con todo pesar le manifestemos francamente que no podemos seguir cooperando con usted en la ejecución de esta política, y, por esta razón, hemos resuelto presentar nuestra dimisión colectivamente como miembros del Consejo de Estado e individualmente como Secretarios de Departamento.

Muy respetuosamente,

(Fdo.) *Manuel L. Quezon*,
Presidente del Senado.

(Fdo.) *Manuel Roxas*,
Speaker de la Cámara de
Representantes.

(Fdo.) *José P. Laurel*,
Secretario del Interior.

(Fdo.) *Alberto Barreto*,
Secretario de Hacienda.

(Fdo.) *José Abad Santos*,
Secretario de Justicia.

(Fdo.) *Rafael Corpus*,
Secretario de Agricultura
y Recursos Naturales.

(Fdo.) *Salvador Laguda*,
Secretario de Comercio y
Comunicaciones.